

—¡Muchachos! vamos á defender la patria contra el invasor extranjero!

Los soldados contestaron á una voz:

—¡Viva México! ¡A la guerra! ¡á la guerra!



## CAPITULO XLXIX.

*En las Zullerías.*

—**Q**íste, Pepa?

—Sí, señora, contestó la flacucha Pepa con los ojos brillantes, todo lo he escuchado.

—¿Y qué opinas tú?

—Opino que V. M. debe recibir bien á esos mexicanos que vienen á devolver tan voluntariamente lo que arrebataron á España.

—Ya hablaremos de eso. Ahora la única dificultad que se me presenta es que vengan personas extrañas á la hora de nuestras comidas y nuestros juegos íntimos, según la solicitud de la princesa de Metternich.

—Son unos bárbaros que se divertirán, señora.

—Quizás tengas razón, mi pobre Pepa. Además, ¡intriga ha de ser manejada á tientas, casi en la sombra, para que tenga todo el encanto del misterio.



—Y después, cuando se vea claro, cuando aparezca toda la trama á la luz del día, la España dirá de la Emperatriz Eugenia: ¡es tan hermosa como inteligente aquella Emperatriz que le hemos dado á Francia! ¡Viva siempre gloriosa!

—Calla, calla.

—Porque yo creo que V. M. apoyará con todo su poder á esos mexicanos que quieren echarse en brazos de España.

—Entonces no has comprendido lo que pretende Mme. Metternich. . . .

—¿Qué es lo que quiere ella?

—Que México sea repartido entre Austria y Francia.

Pepa se rindió con malicia y exclamó haciendo un dengue:

—¡Eso allá lo veremos! V. M. les puede decir que sí á todo, que al fin y al cabo el Emperador será quien haga inclinar á uno ú otro lado el platillo de la balanza.

—¿De modo que en principio aceptamos la intervención?

—En principio y en fin. . . ya verá V. M. cómo vamos á divertirnos.

Esta conversación, como se comprende bien, la sostenían en la alcoba imperial, la Emperatriz Eugenia y su camarista de confianza la señorita Pepa, como la llamaban en la corte de las Tullerías. Esta Pepa era una española que había estado al servicio de la familia Montijo, que había crecido al lado de Eugenia, sabiendo insinuársele de tal modo, que fué imposible que ésta consintiera en abandonarla á pesar de las súplicas del Emperador, ni separarla nunca después de sus departamentos y de su con-

fianza, por más que causó serias desavenencias entre los regios consortes.

Pepa era todavía joven, delgada, rubia, de ojos negros, no era fea ni tampoco hermosa, pero muy desagradable, con sus labios enteramente delgados y pálidos, con su voz chillona y con sus maneras canallescas.

Por lo demás, tenía una fisonomía inteligente, y sobre todo, unos ojos seductores y penetrantes. A pesar de su poca instrucción, pues casi no sabía leer, había dominado de tal modo á la Emperatriz, que no había negocio chico ó grande sobre los que aquella no le consultara, siguiendo casi invariablemente su parecer, fuese porque ya la tuviera sugestionada, fuese porque tenía absoluta fé en su buen sentido práctico, en su observación y en su experiencia, ó mejor aún, porque creía que era la única persona que le hablaba con sinceridad.

Pepa, como de costumbre, mientras estuvo de visita la princesa de Metternich, por más que estuviera acostumbrada á verla diariamente en las Tullerías sola ó con su marido, se puso en asecho y escuchó la conversación.

Los mexicanos fugitivos por el papel más ó menos interesante que habían desempeñado en la reacción, y que se habían refugiado en París, continuaron haciendo las mismas tentativas que desde muchos años atrás habían iniciado Gutiérrez Estrada, Hidalgo y otros monarquistas para conseguir un príncipe extranjero que quisiera ponerse al frente de los destinos de México, y como supieran que la casa de Austria tenía uno en disponibilidad, se habían acercado á tantear el terreno con el ministro austriaco, cuyo cargo era desempeñado por el príncipe de Metternich. Este lo platicó á su mujer, y como era ella tan intrigante, como viva y audaz, exclamó luego:



—Se nos viene á las manos una bonita aventura. Déjame dirigirla.

—¿Cómo?

—Haciendo entrar por el aro á la Emperatriz. Ella es una romántica que se muere por esta clase de intrigas. Ya verás, ya verás.

Y corrió al palacio y lo desembuchó todo á su amiga Eugenia, la cual la estuvo escuchando con poco interés, aunque prometiéndole sin embargo que aquella noche misma recibiría á sus protegidos, á las doce de la noche, que era la hora destinada á los placeres de todos sus favoritos.

En efecto, según refieren muchos historiadores y entre ellos Pierre de Sans, muy interiorizado en todo lo que pasaba en las Tullerías, y de quien principalmente tomamos estos datos, casi todas las noches, pero especialmente los lunes, días que eran llamados los *lunes de la Emperatriz*, cuando se retiraba Luis Napoleón á sus aventuras nocturnas, que también era dado á ellas con furor, la Emperatriz se desquitaba haciendo que en el mismo palacio se representaran las escenas más indecorosas y más llenas de prostitución que puedan imaginarse.

Los personajes que iban á ser introducidos misteriosamente á las doce de la noche por el intendente Mr. Thelin al palacio de las Tullerías, é introducidos luego por Pepa á las habitaciones particulares de la Emperatriz, eran los tres reaccionarios de más empuje Almonte, Hidalgo y Arrangoiz.

Todo se hizo como lo dispusieron aquellas damas.

Ellos puntuales, como que estaban ardientemente interesados en el asunto, estuvieron en la terraza que se les designó á las doce en punto: Mr. Thelin los aguardaba, y

haciéndoles atravesar un dédalo de galerías que parecían interminables, los entregó á Pepa, que empezó por hablarles en su propia lengua y por manifestarles que la Emperatriz estaba muy bien dispuesta en su favor, habiendo la misma Pepa preparado su ánimo en la forma conveniente.

Pepa era extremadamente rapaz, y con todas aquellas insinuaciones lo que quería decir era esto: ¿Cuánto iré yo ganando en este negocio?

Arrangoiz, que era el que más conocía las costumbres de las Tullerías, le dejó entender que si salían bien en la empresa, ella resultaría favorecida con algunas tierras, con algunas acciones de minas y con algún regalillo en onzas de oro mexicanas.

Así fué que al ir á dar parte á Eugenia de que ya estaban allí sus mexicanos, se le acercó mucho para decirle al oído:

—¡Son encantadores!

—Está bien. Que entren y tomen asiento. Después hablaremos.

En efecto, aquellos momentos no eran propicios para una conversación grave.

El salón contenía unas treinta personas de ambos sexos que estaban riendo á carcajadas, pues que sólo estaban tratando de divertirse.

Uno de los favoritos había sido enviado á averiguar si ya se había acostado el general Rollin, que era el primer ayudante del Emperador y el encargado de hacer cumplir en palacio los reglamentos que eran muy severos y él muy extricto para cumplirlos.

El favorito volvió diciendo:



—El general ya se acostó, pero todavía no se duerme.

—Pues que se cierren bien las puertas para que no nos sorprenda y que no se haga aquí mucho ruido, ordenó la Emperatriz. Y ahora vamos á mi juego favorito.

Los juegos eran muchos, muy divertidos, muy originales y algunos muy disolutos, aunque según parece ejecutados con toda inocencia.

El que llamaba la Emperatriz su juego favorito, porque era de agilidad, de valor, de ejercicio y de movimiento, era el de «Las Arenas de Arbannes.»

Hay un montículo cerca de Fontainebleau que había sido descubierto recientemente por la Emperatriz, esto es, ya estaba bien descubierto antes; pero ella no lo conocía, y cuando lo conoció le llamó la atención por sus pendientes formadas de arenas muy blancas y muy finas. Estando ella en la cumbre, rodeada de sus gentes, tuvo la fantasía de levantarse el vestido, sentarse en el borde y dejarse ir para abajo gritando: «Siganme los que puedan.»

Como vieran que no se había hecho daño, la mayor parte hombres y mujeres, la siguieron en mayor número, produciendo el juego risas generales á la vez que posturas inverosímiles.

Como en las Tullerías no había monte de arenas, se mandó construir un aparato de tablas lisas con una plataforma arriba, á la cual se ascendía por un caracol y desde allí se deslizaban todas las princesas y condesas, mientras los hombres las miraban enfrente del aparato sentados en semicírculo y muy divertidos, viendo cómo algunas llegaban al piso después de la suerte, casi desnudas.

La que inició como siempre el juego, fué S. M. la Emperatriz Eugenia, que con gran serenidad y bazarria se

levantó las faldas hasta la cintura, y en seguida se dejó resbalar con suma gracia, concluyendo con toda felicidad aquella bajada vertiginosa á que estaba tan ejercitada.

Pero como entre las princesas, duquesas y marquesas había unas muy gordas, otras muy torpes y otras demasiado desenvueltas, el espectáculo provocaba una hilaridad escandalosa.

Ninguno de los íntimos ignoraba ya cuáles eran las verdaderas formas de todas aquellas alegres contertulianas.

—Vamos ya á otro juego, exclamó la Emperatriz que estaba loca de gusto.

Y como el juego que seguía en el programa de aquella noche era el de las *Escondidillas*, se apagaron las luces, quedando solamente una lámpara pequeña dentro de un velador que daba luz muy escasa.

Almonte dió de codo á sus compañeros diciéndoles muy en secreto:

—¿Y qué hacemos ahora nosotros?

—Quedarnos á oscuras en nuestro sitio, contestó Hidalgo.

Y se quedaron allí de una pieza aquellos hábiles ple-nipotenciarios.

En aquel juego de las *escondidillas* se vieron algunas cosas. . . . es decir, no se vieron porque estaban las habitaciones á oscuras, pero sí pudo adivinarse que pasaban escenas de las que el mismo pudor se ruboriza. Se oían carreritas menudas de las damas en que no hacían ningún ruido con los piés, pero sí con el fru fru de los vestidos, risas apagadas, besos fugaces; se observaban encuentros furtivos, apretones inconscientes, respiraciones ahogadas, movimientos de puertas y de muebles, y en fin todo lo que pueda figurarse el lector que pase entre unas



treinta personas que se buscan con avidez, que desean conocerse en la obscuridad sin que los demás lo adviertan, alargando naturalmente el momento de dar con la que se necesita ó la que todos fingen buscar, y que es quizás la que menos se esconde.

Al fin de una media hora de aquella faena loca, pero silenciosa, turbada de cuando en cuando por una porcelana rota ó por una exclamación de sorpresa, fué encontrada en el hueco de un balcón, entre las cortinas, la dama escondida. que en aquella noche le tocó ser á la condesa de Castiglione.

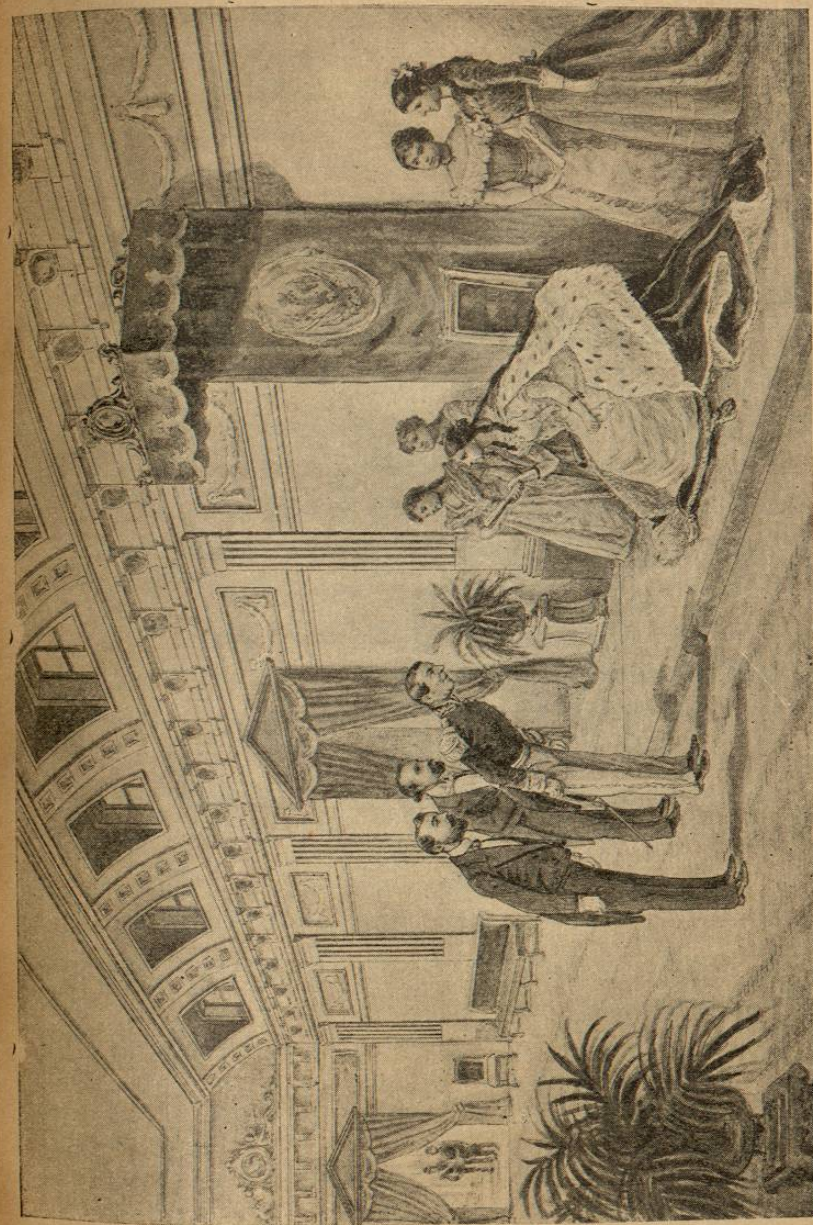
En ese instante aparecieron las luces, y todavía los mexicanos que estaban allí arrinconados en solicitud de una intervención europea, tuvieron oportunidad de ver algo de lo que les habría llamado la atención hasta en una casa de tolerancia.

La Emperatriz, aún jadeante porque había corrido mucho, más con curiosidad y con casquivanería que con ánimo culpable, pues tenía fama de conservar su honradez en medio de aquel foco de inmundicias, se acordó de sus huéspedes, y mandó á Pepa que los condujera á su retrete particular, mientras ella despedía á sus contertulianos.

—Conque sí, señores, les dijo con volubilidad luego que fué á reunirse con ellos, ya la Princesa de Metternich y Pepa me han puesto al corriente de todo.

Entonces Almonte quiso pronunciar un largo discurso que llevaba preparado, pero Eugenia se lo interrumpió poniéndole casi la mano en la boca y diciéndole:

—Son inútiles conmigo los razonamientos. Ya dos personas que son las únicas que influyen en mis determinaciones, me han hablado del negocio, y estoy dispuesta



*En la corte de la Emperatriz Eugenia.*



á complacerlos, de manera que cuentan ustedes con todo lo que valgo en el consejo del Emperador. Ustedes vean al señor de Morny, que es todo poderoso, y si él ayuda también franca y lealmente, pueden ustedes contar con que les mandaremos un ejército para hacer la nueva conquista de México. Mi pobre Pepa tiene deseos de que sea en beneficio de España, pero ya veremos después.

Y entonces la Emperatriz se levantó en señal de que la entrevista había terminado.

Cuando se retiraban los tres canallas cabizbajos tuvo ella algún remordimiento, porque agregó:

—Y dispéñense que la audiencia haya sido tan corta porque ya es tarde, estoy fatigada y tengo hoy en el día muchas cosas que hacer.

Lo que sacaron en limpio fué que con la camarista Pepa era con quien tenían que entenderse, y á ella dirigieron sus *rendez vous* de allí en adelante.

En uno de los días posteriores, los tres mexicanos que estaban en grandes inteligencias con el banquero Jecker, que andaba ya bastante tronado, hicieron que éste los llevara con el duque de Morny que era el hombre de más influencia en aquellos momentos con Napoleón III, y en su despacho le expusieron sus proyectos, que ya de antemano eran bastante conocidos.

El ministro estuvo reticente y se limitó á darles algunas esperanzas; pero al otro día la conversación que tuvo con el banquero Jecker fué la que lo decidió á tomar un papel principal en el asunto.

—¿Y á cuánto asciende el crédito que tiene usted contra México?

—A veintidos millones de francos, Excelencia.

—Que los considera usted perdidos. . . .



—Perdidos completamente si no triunfa en México el partido de los clericales que fué al que presté el dinero.

—¿Y bien?

—Estoy dispuesto á ceder la tercera parte de esa cantidad á quien me ayude á recobrar todos los veintidos millones.

—Pero tengo entendido que usted, señor Jecker, no llegó á dar en efectivo ni la décima parte de esa cantidad.

—Quizás no; aunque hecha la liquidación con réditos y gastos, hay veintidos millones reclamables. Convengo en que la operación no es del todo limpia; pero por eso precisamente cedo siete y medio millones. ¿Quiere V. E. ganarlos?

—Sí, contestó Morny con el cinismo que le era propio.

Jecker se apresuró á estrecharle la mano diciéndole:

—Por mi parte, firmo las obligaciones que sean necesarias.

—Todo se acordará. Lo que se necesita es contar con la Emperatriz.

—Ya la tenemos.

—Procure usted interesar á la «pobre Pepa.»

—Le daré un millón si es necesario.

—Yo por mi parte desde hoy mismo me comprometo á dar la primera puntada al Emperador.

Jecker salió de allí muy contento. Fué á su despacho, sacó un lío de billetes y fué á las Tullerías en busca de Pepa.

—Los mexicanos me refieren, le dijo luego que la vió, que usted está bien dispuesta para ayudarnos con la Emperatriz.

—Se los he dicho y me han hecho ofrecimientos, pero muy vagos.

—Pues yo vengo á hacerlos á usted más positivos.

—Vengan.

—Tan luego como me paguen mi reclamación doy á usted doscientos mil francos, y aquí tiene usted un apunte de siete mil.

Los ojillos de Pepa brillaron llenos de codicia y dijo:

—Acepto esto ahora; pero me firma usted una obligación de quinientos mil francos para cuando ganemos el pleito.

—Concedido.

Y he aquí cómo por medio de las intrigas y ascendientes de una criada y un judío suizo, tuvo nacimiento y luego forma la intervención francesa en México.

